

¿Áreas en cuarentena o realengos?



Enrique Ojito Linares

Hasta el zumbido de un mosquito debiera escucharse en las áreas declaradas en cuarentena por el número de positivos a la COVID-19 diagnosticados; pero, lo que usted y yo suponemos en ocasiones se estrella contra la realidad, cuando esta coge el carril contrario a toda lógica.

Como el péndulo, que va y regresa, el Grupo Temporal de Trabajo provincial para la prevención y el control de la pandemia ha recalado en el análisis del funcionamiento de esas zonas, a raíz de las transgresiones de las medidas de bioseguridad observadas, cuya prueba más gráfica resulta la dilación en el cierre de los eventos de transmisión local.

¿A qué violaciones de la disciplina ciudadana aludimos elementalmente? En el inventario aparecen los intentos (han sido más que tentativas) de “meter cabeza” para salir de las áreas; incluso, hay quienes, al mejor estilo ninja, saltan elevadas tapias y se escurren por los patios traseros, y de esa forma, devienen en potenciales propagadores del SARS-CoV-2, si padecen la enfermedad de manera asintomática.

Si bien existen ciudadanos que buscan escabullirse de las zonas, los hay también que aprovechan el menor filón para ingresar a estas, por miles de causas; pero ninguna que justifique burlar lo dispuesto.

El deambular en la vecindad y, en particular, la visita a esta o aquella casa es otra de las violaciones detectadas, por ejemplo, en Zaza del Medio, poblado con la COVID-19 hasta la garganta. Ciertamente,

la indisciplina ha circulado sin freno por la calle 22, como lo admitió la presidencia del Consejo Popular a este reportero.

Algo similar ocurrió en la calle La Paz y en determinados segmentos de Céspedes, en el reparto Kilo-12, de Sancti Spíritus; realidad corroborada por la vicepresidencia de la Asamblea Municipal del Poder Popular.

Pero no todas las áreas declaradas en cuarentena están cortadas con la misma tijera. Saltan a la vista Boquerones 1 (meses atrás) y el edificio 3 (norte), también en La Sierpe y que transita por dicho proceso. Allí prevalece el sentido común, gracias a un control sistemático, seguido por las autoridades locales, con la participación de diversas entidades y organismos.

Si suscribimos las estadísticas de los contagiados, el no quitar los ojos de las áreas bajo tal condición, es decir, el establecer un sistema de control verdaderamente efectivo ha faltado, en mayor o en menor grados, en otros territorios; fiscalización que va desde las

organizaciones políticas y de masas, así como de las estructuras del barrio, que conocen, como nadie, las dinámicas de la comunidad, hasta los Grupos Temporales de Trabajo.

En particular, el municipio de Sancti Spíritus ha apostado por acrecentar el rol de los factores comunitarios, ante las disímiles frentes que cubren hoy las fuerzas del Ministerio del Interior, explicó el intendente Jaile Rabelo Orellana en reciente emisión de la revista especial de *Centrovisión*.

No debe eludirse el caso de Taguasco, el de mayor número de eventos de transmisión local activos desde hace varias semanas y todavía con elevadas cifras de positivos al coronavirus, expresión clara y manifiesta de un cierre no del todo efectivo de las áreas declaradas en cuarentena y con restricción de movimiento, entre otras lecturas.

Ni en ese territorio ni en otros se ha demostrado el valor real de aplicar, justedad de por medio, el Decreto No. 31, aprobado por el Consejo de Ministros a inicios de año para

poner boca abajo las violaciones de las medidas sanitarias. Al hablar de valor, partimos del carácter preventivo de la norma jurídica, que comprende multas de hasta 3 000 pesos para quienes violen las disposiciones dictadas en tiempos de pandemia; sí, prevención, por lo alto del monto y porque, a la postre, también la sanción contribuye a evitar el contagio al infractor y a salvarle la vida; aunque, a la hora de recibir la notificación, el multado no considere ni lo uno ni lo otro.

Hagamos notar, además, que el Grupo Temporal de Trabajo Provincial ha criticado la lentitud de las autoridades de algunos de municipios como Fomento para declarar determinadas áreas en cuarentena, a pesar de las indicaciones al respecto de la dirección del mencionado órgano. En la actualidad, suman 44 en la provincia; 12 de estas en Yaguajay, 6 en Jatibonico, 8 en Taguasco, 6 en Cabaiguán, 4 en Sancti Spíritus, 1 en La Sierpe, 3 en Trinidad y 4 en Fomento.

Ni por asomo desconocemos el aporte de quienes se han quitado días, noches de sus vidas para domar la agresividad y la expansión del virus en Sancti Spíritus, cuyo pronóstico epidemiológico, debido a la comprobada circulación de la cepa delta en el municipio capitalino y en Jatibonico, más que subimos la presión arterial, debiera llamarnos a capítulo y hacer lo que a cada cual le corresponda en lo individual, familiar e institucional.

Igualmente, pocos disientirían de que, casi siempre, transgredir las medidas sanitarias genera la aparición de nuevos confirmados en las áreas en cuarentena; hecho que implica, a partir de ahí, empezar de cero otra vez el ciclo del cierre. Círculo vicioso que echa por tierra la contribución de muchos, incluida la de quienes actúan como voluntarios. Tanto ellos como nosotros sabemos que esos sitios no llegan hoy a ser realengos; pero, también, que no reinan la total calma y la disciplina, que permitan escuchar hasta el zumbido de un mosquito.



Pánfilo y el “problema” de la crítica

“Pánfilo se fue del aire, no lo vas a ver más”, me dijeron dos días antes de que el humorístico televisivo de mayor teleaudiencia en Cuba apareciera en nuestras pantallas con una entrega inusual.

Como para remachar, el programa se presentaba con uno de los temas más álgidos en cualquier sociedad: la crítica (en el arte), por lo que, tratándose de un país cercado política y económicamente, y sumergido en su peor momento de enfrentamiento a la COVID-19, dudo que muchos lo esperaran.

Resulta, pienso, de permanente utilidad el mensaje claro, directo y bien estructurado del guion de Jaime Fort, que apoyan exitosamente los artistas, incluido Rubén Darío Salazar, actor, titiritero y director de Teatro de Las Estaciones, de Matanzas, quien ha merecido el Premio Nacional de Teatro y se las ingenia para resultar tan creíble como gracioso.

Lo que arranca con una crítica al reunionismo, ese mal al que tanta condena se le ha proclamado, pero que perdura con fuerza en Cuba, pronto se convierte en un *show*, a partir de la encomienda de Leopoldino, representante del barrio, para que los vecinos conciban una obra de teatro.

El propósito es presentar la

pieza en el simposio Ventajas de la solidaridad y la buena convivencia dentro de la comunidad. Por sugerencia de Isidoro, el más joven de los reunidos en casa de Pánfilo, se acuerda darle un corte humorístico, y desde entonces solo se verán los intentos de Leopoldino y de su superior, Leoncio, por conseguir que la obra no refleje los problemas de los vecinos en su vida diaria, so pena de ser malinterpretados por una representante de Cultura que asistirá al ensayo. “¿Para qué meternos en candelita?”, argumenta Leoncio.

“Ese es el problema; sí, porque cuando se mezcla el humor con la actualidad el resultado, algunas veces, es el ‘choteito’, la burla, ¿usted me entiende? Empiezan a entronizarse estereotipos, se ridiculizan determinados patrones y se abusa de lo peor de todo: la crítica”, dice este último directivo ante la mirada recelosa de Pánfilo, quien defiende la crítica dentro del humor alegando que ayuda a desenmascarar problemas serios de la sociedad y emite un mensaje que hace reflexionar a las personas.

“A ver, no es criticar por criticar, es criticar a las personas que trabajan mal y que están cuidando su puesto”, remata el anciano, en clara alusión a ellos dos, en

primerísima instancia. “Anota eso”, le dice el superior a Leopoldino, medio anonadado. Ambos aparecen como incapaces de pensar por sí mismos y desconocedores de vocablos que emplean al hablar. No menos mal parada quedará la funcionaria visitante.

Con esa esencia permeando todo transcurre lo que sigue: la visita anunciada que los de “arriba” se empeñan en presentar como improvisada, los intentos de ambos para que el asunto no se les “vaya de las manos”, los esfuerzos de los vecinos por “divertirse”, “darle rienda suelta a esa creatividad”, pero, sin olvidar “ciertos detallitos”, encargo del que solo Pánfilo tiene conocimiento, debido a que con la algarabía los demás no lo escucharon.

En un espectáculo divertido cuando cada quien representaba con un títere a su personaje, y medio confuso cuando unos asumían los roles de otros, la obra termina en discordia y desunión. Tal y como sugirió el maestro de teatro, ante el olvido de los parlamentos echaron mano a la improvisación, que los llevó a ver en el otro no precisamente sus virtudes, sino sus defectos, y a exponer sin recato cada singularidad del barrio.

A juzgar por el guion parece-

ría que se habla solo de arte, pero nadie es tan ingenuo como para suponer que no se alude a la sociedad toda. Para empezar, lo que debe romperse en casa de Pánfilo, a modo de situación desencadenante de la obra, no es ni la cocina cubana, ni la lavadora rusa ni el ventilador chino, sino el radio americano.

Tampoco pueden aparecer sus precariedades de señor de la tercera edad, porque entonces en lugar de hacer reír podría hacer llorar. Ni mencionarse un apagón, sino otros sustantivos menos problemáticos, como “una avería o una reparación programada”. Ni cantar *El manisero*, que al final nadie entiende “para dónde se va”.

El tema del ejercicio de la crítica en Cuba no es nuevo en absoluto. Tal derecho, tanto en el arte como en la prensa o en la vida cotidiana, lo han defendido, con mayor o menor vehemencia, los tres mandatarios de la nación luego del triunfo revolucionario. Más que la crítica en sí misma, se trata de la necesidad, en el plano macro, de procurar por medio de ella una mejoría para la sociedad en su conjunto y para cada uno de sus ciudadanos.

En su discurso de clausura del VIII Congreso del Partido, el Presi-



Delia Proenza Barzaga

dente cubano y Primer Secretario de la organización, Miguel Díaz-Canel Bermúdez, apuntaba: “La Revolución no solo no le teme al pensamiento creador, sino que lo aúpa, lo cultiva, abre campos para su crecimiento y desarrollo, lo reconoce y se nutre de sus aportes”. De más está decir que su acción misma calza esa visión, sobre todo ahora, que todo interés individual deberá estar en función de un fin mayor: el interés del país, pero sin dejar de ver en el bosque, como diría él, también los árboles.

Si queremos ir más allá, tengamos presente la respuesta de Fidel a Ignacio Ramonet en aquella entrevista memorable a inicios de la década del 2000: “Todo es mejor que la ausencia de crítica”, una máxima que en modo alguno se circunscribe a la prensa y la creación artística, sino que debería aplicarse a cada fenómeno de la realidad.